

en rigor, comenzar por lo general y abstracto y no por lo particular y concreto.

Abordemos la cuestión.

La marcha que sigue el pensamiento en su desarrollo nos demuestra que el espíritu comienza por lo particular. (1) Para que aparezca la idea es necesaria la sensación; más la sensación es individual, y éste es un principio evidente; luego la idea producida por esa sensación será igualmente individual.

La sensación es producida por cada uno de los objetos en particular, y como la idea, es por decirlo así, la representación de esos objetos, resulta que el espíritu humano, lo primero que tiene, son ideas particulares.

«Todo en la naturaleza es individual, en nuestro derredor no vemos más que individuos, cosas particulares. Un árbol es tal árbol, el color que estoy viendo es tal color, el sonido es tal sonido: cada una de nuestras sensaciones se efectúa en un momento dado, en un lugar determinado, tiene tal grado preciso de intensidad y es siempre tal ó cual» dice P. Janet.

Además, la idea general necesita componentes, elementos, cosas particulares que agrupa en una sola, puesto que su función es reducir la multiplicidad á la unidad, y sería imposible que el espíritu comenzara componiendo sin componentes. Son, pues, indispensables, las ideas particulares, para que de ellas se formen las ideas generales.

1 Más adelante trataremos la cuestión del desenvolvimiento del pensamiento.

La generalización, en su elemento más simple, es la comparación, el alma comparando generaliza; pero para comparar es necesario que conozca los objetos que compara, que los individualice para distinguirlos bien, por lo que se ve, que su procedimiento natural, es marchar de lo individual á lo universal, de lo particular á lo general, de lo concreto á lo abstracto.

Es verdad, y ésto se opone como un argumento, que el niño necesita tiempo para distinguir á su padre de los demás hombres [1] y comienza llamando *papá* á todas las personas que ve. El perro también necesita tiempo para distinguir á su amo.

Es igualmente cierto que el niño y aun el hombre, puede tener ideas generales *confusas*, anteriores á las ideas individuales. También es verdad que se necesita más esfuerzo mental para componer que para descomponer, por lo que si el niño comienza por lo general, tendrá ménos trabajo para pasar de ésto á lo particular, que de lo particular á lo general.

Finalmente, es un hecho, notable por cierto, el que en todas las lenguas tengamos un mayor número de nombres comunes, siendo los propios tan escasos, que apenas contamos algunos para designar á nuestros conocidos, y hasta éstos mismos nombres (los de *pila* y *apellidos*) son casi nombres comunes, porque se aplican á varios individuos. Este es precisamente el argumento de Max Muller, quien afirma con Leibnitz que los elementos más antiguos que pueden conocer-

1 Según M. Bernard, un niño de tres meses y medio sabe reconocer á su madre á su padre, abuela y hermanos.

se mediante el análisis de nuestra lengua, esto es, las raíces, expresan todos atributos generales, nombres comunes; de donde deduce que comenzamos por conocer las ideas generales.

Respondiendo á éstas objeciones, diremos: que en el primer caso de los propuestos, el niño llama *papá* á todos los hombres, como los llamaría *ángeles* ó *dioses*, pues no sabe el significado de tales palabras, las pronuncia porque se lo han enseñado, más esa generalización fué precedida de una individualización, puesto que se le enseñó á llamar *papá* á tal hombre determinado. La prueba de que el niño primero individualiza, para generalizar despues, está en que no llama *papá* al perro, á la casa ó á otro objeto cualquiera; luego conoce la *diferencia* que existe entre el hombre, el perro, la casa y demás cosas; el conocimiento de esa diferencia, la distinción que hace entre dichos séres, acusa el trabajo de individualización que se efectúa en la mente del niño.

En el segundo caso, las ideas generales *confusas*, presuponen siempre ideas particulares confusas ó distintas; y se explica que el niño tenga tales ideas generales confusas, sin tener ideas particulares, si se atiende á que recibimos la mayor parte de las ideas generales ya hechas, por la educación y el lenguaje. Los padres que enseñan al niño el nombre de todos los objetos y el mismo nombre para cada clase de objetos, le abrevian infinitamente el trabajo de comparación y de abstracción que sería necesario para formarlas, sin embargo, la función de generalización no queda completamente anulada, y por otra parte siem-

pre subsiste el hecho de que el espíritu comienza por lo particular, pues si los niños reciben las ideas generales ya formadas, esto no prueba que el primero que las formó comenzó por lo general.

En cuanto á la última objeción, se contesta con Janet, que si todas las cosas las designáramos con nombres propios, le sería imposible á la memoria retener ese infinito número de nombres, además, tal número de nombres sería inútil, cuando por otra parte son de tal manera necesarios al pensamiento los términos generales, que sin ellos no se podría ni siquiera pensar; y por último, recuérdese que el objeto del conocimiento humano, es alcanzar las leyes generales y universales de todas las cosas.

El argumento de Max Muller, referente á que las raíces expresan todos atributos generales, lo contesta victoriosamente M. M. Bréal, demostrando que las raíces más antiguas que conocemos, no son tales raíces, sino que suponen otras anteriores de las que son restos ó ramificaciones. Ignoramos, añade, cuál era el sentido de esas raíces primitivas y pudieron ser individuales.

Tratando de la claridad de las ideas abstractas y generales, hay que notar que esa claridad lo es sólo para el espíritu pero no para los sentidos. El espíritu vé con claridad las nociones de número, de extensión, de figura, etc., pero no encuentra esa claridad en los fenómenos complejos de la naturaleza, por ésto los conocimientos abstractos son los más claros de todos, mientras que las ciencias naturales ofrecen dificultades. Ahora bien, la educación debe comenzar por los

conocimientos naturales, que si bien son más difíciles en sí, se hacen á la vez más fáciles, porque auxiliando la imaginación y los sentidos al espíritu, le presentan los objetos de la naturaleza clara y sencillamente, evitándole en gran parte el esfuerzo de abstracción que tendría que hacer para conocer por sí esos objetos y fenómenos.

Después de haber enseñado éstos conocimientos naturales, que son particularizaciones, se pasará á enseñar los conocimientos abstractos, que aunque más fáciles en sí, se hacen á su vez más difíciles, por el esfuerzo que tiene que hacer la mente para ligar esas ideas á signos sensibles y materiales.

La conclusión establecida, parece quedar demostrada con lo dicho. Pasemos á la tercera.

29.—En la educación se debe ir de lo empírico á lo racional.—Al estudiar la marcha natural que sigue el espíritu en su desenvolvimiento, se observan dos momentos, diremos así, aunque de una manera impropia, dos actos del espíritu; el primero nacido de la experiencia y el segundo de la razón.

El momento que llamaremos empírico, comienza en la *sensación*, la que origina la *percepción* é idea; viene en seguida la comparación, más tarde la observación, por último, aparece el juicio. Hasta aquí termina el momento empírico, al que sucede el segundo momento, que comienza por el juicio reflexivo, pasando á la inducción y deducción, y de aquí al raciocinio.

Esta marcha, nos enseña desde luego la transición

del pensamiento, de lo puramente experimental á lo racional, y como la marcha del espíritu en la adquisición de los conocimientos, es la norma de la educación, se deduce que la conclusión que examinamos, es de todo punto exacta.

Tal transición de lo empírico á lo racional, se observa mejor si se toman desde su origen los conocimientos humanos. Toda ciencia ha sido precedida de su arte respectivo; primero han aparecido verdades aisladas, hechos parciales, simples conocimientos, que se han agrupado después para mostrarnos sus relaciones, de las cuales hemos deducido leyes y principios. Las ideas particulares y concretas se han ido transformando en generalizaciones que sistemadas han formado la ciencia, que no es, según ya lo hemos visto, sino la organización de los conocimientos.

La historia de todas las ciencias, nos demuestran ésta verdad. La astronomía, que fué una de las primeras ciencias cultivadas por los antiguos, nació de la admiración que debe haber excitado en los hombres primitivos, el espectáculo de los cielos. Los pastores caldeos, los navegantes fenicios, las tribus nómadas de los árabes y los sacerdotes egipcios, deben haber hecho las primeras observaciones de los fenómenos más aparentes, como eclipses, cometas, conjunciones de planetas, etc. Para que la astronomía llegara á ser una verdadera ciencia, fué, pues, preciso que emplearan los hombres largos siglos de observación, que se formaran primero la geometría y trigonometría, sin las cuales no existe ésta ciencia; que se conocieran

las alturas y distancias zenitales, el paso de los astros al meridiano, el curso de los planetas en el zodiaco, la verdadera duración del año, la redondez y oblicuidad de la tierra, y en fin, todos los demás conocimientos que componen la astronomía.

Lo mismo puede decirse de la Química, de la Física, la Mecánica, la Zoología, la Botánica, la Geografía y todas las demás ciencias, las que han tenido su origen, sin duda, en hechos y observaciones puramente empíricas.

La medicina fué en su principio, puro empirismo. Guiada por la casualidad y el instinto, llegó á conocer algunas verdades que echaron los fundamentos de la ciencia. Decimos que la guió la casualidad, pues se sabe que debido al acaso se descubrió la quina, el eléboro, el mercurio y otras varias substancias que se emplean en la medicina. También se menciona el instinto, pues se ha observado que los que están atacados de calenturas pútridas, experimentan una vivísima apetencia por los ácidos, que los lencorrheicos gustan de los arenques; que la disenteria se caracteriza por un gusto muy pronunciado á las uvas, etc., etc."

Con Hipócrates de Cos, la medicina avanzó, pasando de la pura rutina al raciocinio. Fué el primero que señaló el aspecto, bajo el cual debe de ser considerada; la separó de la filosofía escolástica, y reuniendo á las observaciones hechas en su tiempo las suyas, logró organizar las verdades hasta en su época adquiridas, dando forma á la medicina, que desde entonces pasó á ser ciencia.

Después de éste período de evolución, substituyóse al empirismo el raciocinio, y por su medio se enalteció la ciencia, llegando hasta el grado en que hoy se encuentra.

Es pues, fuera de duda, que el espíritu, en su desenvolvimiento, marcha constantemente de lo empírico á lo racional, y, en consecuencia, que la educación debe seguir esa misma marcha.

30.— En la educación se debe pasar de los hechos á las relaciones y de éstas á las leyes.—Si entráramos de lleno en este lugar al examen de la presente conclusión, tendríamos que adelantar materias, que según el plan de nuestra obra, deben explanarse ámpliamente más adelante; tal procedimiento perjudicaría la economía de nuestro trabajo; por lo mismo, aquí no haremos otra cosa que indicar el asunto, reservándonos para tratarlo suficientemente en el lugar que le hemos señalado.

Todo lo que puede caer bajo el dominio del espíritu humano, se descompone en hechos, relaciones y leyes. Llamamos hechos á todo lo que existe ó puede existir ó que también ha existido; relaciones son los enlaces de esos hechos ó cosas, y las leyes son los principios deducidos de esas relaciones. Nada puede concebirse fuera de estos tres elementos. Todos son hechos, relaciones y leyes en el Universo, ya se considere el orden metafísico ó bien el físico y material.

Al estudiar la marcha del espíritu en su desenvolvimiento, se le encuentra primero conociendo los hechos, después las relaciones, y en seguida las leyes; de manera que ésta es su marcha natural. Ahora bien,

aplicando tales conocimientos á la educación, concluiremos que en ella debemos pasar de los hechos á las relaciones, y de las relaciones á las leyes; marcha indicada por la naturaleza humana y perfectamente ajustada á la evolución del pensamiento.

31.—Relaciones entre la educación del niño y la de la humanidad. —La filosofía moderna con Comte, ha sentado una doctrina de trascendentales consecuencias, á saber: que los conocimientos, para producirse en el individuo, deben seguir la marcha que han seguido para producirse en la especie humana, doctrina reducida á un principio de educación por Spencer, quien la formula así: «La educación del niño debe estar de acuerdo con la educación de la humanidad considerada históricamente.»

Las dos más fuertes razones que se aducen para probar la doctrina mencionada, son, la ley de transmisión hereditaria, y la relación entre la inteligencia y los fenómenos.

Explanémoslas desde luego.

«La transmisión hereditaria, física, moral é intelectual; es un hecho probado por la ciencia y la experiencia. «Es innegable, dice Marion, (1) que de nuestros padres heredamos nuestras cualidades físicas, y se admite hoy, que acontece lo mismo con muchas de las intelectuales y morales, sucediendo á veces que se tienen todas las del abuelo, lo que constituye el atavismo; y después de los trabajos de Gallton en Inglaterra y Ribod en Francia, podemos tener fuera de du-

1 Lecciones de Psicología aplicadas á la educación.

da que ciertas aptitudes morales é intelectuales, adquiridas por los padres, se transmiten á los hijos casi con tanta precisión como los instintos generales y las cualidades específicas, transmitiéndose á los descendientes no solo las facultades sino hasta cierto punto el germen mismo de sus hábitos.»

«Si es exacto, dice Spencer, (1) que los hombres se parecen á sus antepasados en lo físico y en lo moral; si es verdad que ciertas manifestaciones mentales, como la locura, se producen en miembros sucesivos de la misma familia y á la misma edad; si de los casos individuales en los que ciertos rasgos de muchos antepasados ya difuntos, mezclándose con los de algunos que aún viven, obscurecen la ley; si pasamos á los tipos nacionales y observamos hasta qué punto persisten estos de siglo en siglo; si recordamos que los tipos respectivos proceden de un tronco común, y por lo tanto, las diferencias que hoy notamos entre ellos deben ser resultado de la acción de circunstancias modificadoras en las generaciones sucesivas, que han transmitido separadamente los efectos acumulados á los descendientes; si encontramos que las diferencias son ya orgánicas, de tal modo que el niño francés, por ejemplo, será luego física y moralmente hombre francés, aunque se críe entre extranjeros; y si el hecho general así ilustrado es exacto con relación á toda la naturaleza, sin excluir la inteligencia; se sigue que, habiendo un orden en el cual la humanidad ha adquirido sus diversas clases de conociemien-

1 La educación intelectual, moral y física.

tos, deberá haber en el niño una predisposición para adquirir esos conocimientos en el mismo orden."

Nada, en efecto, más cierto ni mejor comprobado, que la transmisión de defectos y cualidades de un individuo á otro y de una á otra generación. Es sabido que la mayor parte de animales domésticos se encontraron salvajes en el corazón de la Asia. El perro descendiente del chacal, no era al principio cazador, el hombre lo domesticó y le formó el hábito de perseguir á la presa, y este hábito, por medio de la gran ley de la herencia, se ha perpetuado en la especie, siendo ahora del dominio del instinto.

El mufalo, padre de la oveja, adquirió seguramente con el dilatado yugo que le impuso el hombre, esa suprema mansedumbre y docilidad que ha heredado de la especie de que fué progenitor.

El cerdo, habitante al principio de las selvas de encina, feroz y salvaje, perdió su valor con la domesticidad y dejó por herencia á su especie degradada, la cobardía que hoy le caracteriza.

Se dice que en su origen los caballos no trotaban naturalmente, adquirieron esa costumbre y hoy trotan los potritos desde que nacen.

Tal vez nuestra cabra ha sido el fruto del onagro y del revezó, debido al trabajo de selección que en ello empleara el hombre; y no puede negarse, porque es hecho de todos conocido, que por selección ó escogimiento prolongado y repetido de generación en generación para imprimir una dirección continua á la reproducción de la especie, y también por la ley de adaptación y arrastramiento, los ganaderos han lle-

gado á formar especies que reúnen las cualidades que el hombre quiere, según el fin que se propone; de aquí la formación del potente caballo de labor, y la famosa raza inglesa de caballos corredores, que debido á las causas antes señaladas han llegado á obtener el máximum de velocidad y ligereza. Lo mismo puede decirse de los bueyes y demás animales.

Es, pues, innegable la ley de transmisión hereditaria, y aún que se pueden hacer muy serias objeciones á la *Escuela de la evolución*, (1) sin embargo, en esta parte creemos que se encuentra en la verdad.

Pasemos á la segunda prueba. Relaciones entre la inteligencia y los fenómenos.

Por la ley de *asimilación* hemos probado que el espíritu está formado para conocer la naturaleza y la razón y unir las entre sí en todas las esferas de su actividad; por consiguiente, existe íntima relación entre la inteligencia y los fenómenos, pues de otra manera sería imposible el conocimiento del mundo exterior. Mas esa relación presupone un orden necesario por cuyo medio la inteligencia llega gradualmente al conocimiento de los fenómenos, orden que si opera en el individuo, por legítima consecuencia deberá igualmente operar en la especie. He aquí la razón fundamental por la cual la enseñanza debe ser en pequeño una repetición de la historia de la civilización.

Las mismas causas producen los mismos efectos.

¹ La nueva escuela inglesa, á la que pertenece Spencer, Lews y Murphy, señala como fuente de nuestros conocimientos la transmisión hereditaria, que es la *acumulación* de las experiencias de la especie.

Las causas que en la sucesión histórica, en sus rasgos principales al menos, determinaron la adquisición de tales conocimientos, serán las mismas que determinen la adquisición de los mismos conocimientos en el niño.

"Puesto que el entendimiento humano, rodeado de los fenómenos y luchando siempre para comprenderlos, ha obtenido después de infinitas comparaciones, experimentos, especulaciones y teorías, el conocimiento presente de cada materia, siguiendo un camino particular, se puede inferir racionalmente, que la relación entre la inteligencia y los fenómenos es tal que hace imposible la adquisición de este conocimiento, si se sigue un camino distinto; y que como las facultades intelectuales del niño están en la misma relación con los fenómenos, éstos no pueden ponerse á su alcance sino se les dirige por el mismo camino. Por lo tanto para encontrar el buen método de educación, debemos inquirir cuál sea la marcha que ha seguido la civilización." (1)

32.—Tres elementos constitutivos de la educación.—Después de haber examinado las conclusiones que dejamos sentadas, pasaremos en seguida á estudiar lo que nosotros llamamos los elementos constitutivos de la educación, que á nuestra manera de ver, son tres: 1.º La actividad interna del espíritu. 2.º La acción ó comunicación de un espíritu con otro, y 3.º El lenguaje. Este tercer elemento, en rigor debería ser el segundo, pues para comunicarnos con

1 Spencer.

nuestros semejantes es necesario el lenguaje, por lo tanto, éste es primero en existencia que el acto de comunicación.

Nos vemos precisados á sacrificar el estricto orden lógico, por obviar dificultades y también para mayor claridad de los asuntos que en seguida pasamos á tratar.

33.—Actividad interna del espíritu.—Hay una causa primordial ó cualidad esencial del espíritu humano, sin la cual éste permanecería eternamente en estado de pura receptividad pasiva. Hablamos de la actividad interna de nuestra alma.

Puede decirse que la educación ó desarrollo del espíritu, se reduce casi toda á la combinación. La inventiva de la imaginación, es obra de la combinación de fenómenos imaginativos que las sensaciones nos suministran. La memoria despliega ante nosotros, una série de recuerdos combinados que estaban como dormidos y que aparecen en un momento dado. La inteligencia combina á su vez las ideas, forma los juicios y produce el raciocinio; pero tanto la combinación de imágenes como la de recuerdos, de ideas y hasta de voliciones, no se efectúa sino mediante la actividad interna del espíritu.

No sólo en el ejercicio de las facultades enumeradas se observa esa actividad de que venimos hablando; también se manifiesta y con mayor claridad en otro fenómeno del espíritu, al que se ha dado el nombre de espontaneidad del alma. Al meditar sobre una materia, muchas veces sucede que las ideas confusas que teníamos sobre el objeto de nuestra meditación,

se hacen más claras y distintas por sólo la fuerza de la reflexión propia, sin haber recogido ni un sólo dato nuevo, ni una observación, ni una idea que viniera á ilustrarnos. La inspiración de que nos hablan los poetas y los inventos, debidos, en su mayor parte, á un golpe inesperado y repentino del ingénio; y en fin, todos esos fenómenos que aparecen misteriosamente en nuestro interior sin preparación conocida y que se llaman actos espontáneos; no pueden explicarse sin la actividad interna.

Fuerza es, pues, concluir, que la actividad interna, de la que en este lugar sólo nos hemos ocupado someramente, conformándonos con consignar simplemente el hecho; es un fenómeno real del espíritu, elemento constitutivo de la educación.

34.—La acción ó comunicación de un espíritu con otro.—“Unos han afirmado, dice un filósofo, que el entendimiento del hombre era como una tabla rasa en que nada hay escrito; otros, que era un libro que bastaba abrirlo para leer; yo creo que se podía comparar á uno de esos papeles escritos con tinta incolora, que parecen blancos hasta que la fricción de un líquido misteriosa, hace salir los caracteres negros. El líquido mágico es la instrucción y la educación.”

Estos caracteres escritos con tinta incolora, son los innumerables gérmenes que posee nuestro espíritu y que para tornarse en caracteres negros, siguiendo la comparación del filósofo, es preciso que una causa externa los desarrolle; ésta causa es la acción ó comunicación de un espíritu con otro.

Las facultades intelectuales y aun afectivas, no se desarrollarían en el espíritu humano, completamente aislado de otros espíritus, y no bastarían para ello, ni los espectáculos de la naturaleza, ni la actividad interna. Un niño sin comunicación con sus semejantes, sería poco más que una bestia. Se han encontrado niños en los bosques, en un estado de estupidez completa; Condillac, nos habla de un hombre hallado en las selvas de Lituania, el que estaba reducido al estado puramente animal, se asociaba con los brutos, nada hablaba, ni nada comprendía, y estaba incapaz de aprender, debido esto sin duda al debilitamiento de la inteligencia que sufre el hombre privado de la sociedad de sus semejantes. (1)

En la Historia de la Sociedad de Jesús (part. V, lib. XVIII.) Akebar, Emperador del Mongol, queriendo descubrir cual era la religión natural, hizo crear treinta niños en completa incomunicación con los demás hombres, cuidando de que no oyesen jamás pronunciar ninguna palabra. A la vuelta de algunos años mandó el Emperador traer á su presencia á los treinta niños, y se encontró con treinta mudos que por su embrutecimiento se parecían á las bestias. (2)

En la Historia de la Academia de las ciencias de París, del año de 1703; se lee, que un sordo-mudo de Chartres, adquirió el oído á la edad de veinticuatro años, con lo cual pudo hablar al cabo de unos cuantos meses; fué entonces interrogado con el objeto de

1 Véase Los Vrais Robinsons, por M. F. Deniz.

2 Hecho citado por Balmes.

saber qué ideas tenía de Dios, del alma, de los preceptos de la ley natural, y de otras cosas incorporeas; resultando que no poseía de tales cosas ni la más remota idea. En esto están acordes varios maestros de sordo-mudos, quienes declaran que los sordo-mudos, no tienen ninguna idea metafísica antes de su enseñanza.

A estos hechos hay que añadir los que sacamos de la propia experiencia, la cual nos demuestra diariamente, la inmensa diferencia que se observa en el hombre de la ciudad y el rústico montañés. El primero sabe varias ciencias, conoce la industria y el arte, tiene idea de lo que es gobierno, sociedad, religión, derecho, moral y justicia. El otro es ignorante en todas estas materias y si algunas ideas tiene de ellas, son vagas y confusas; solo sabe cazar, comer, dormir y casi en la generalidad de los casos, tiene poco ó ningún respeto á la vida de sus semejantes.

Para demostrar que la comunicación de un espíritu con otro, es un elemento esencial á la educación, bastará solo fijar la atención en los inmensos beneficios producidos por la palabra, expresión del pensamiento.

La palabra transmite las ideas, sentimientos y voliciones, de un espíritu á otro, haciendo que el caudal de conocimientos adquiridos por un hombre se transmite á los demás, enriqueciendo así las ciencias, artes, comercio é industria. La sociedad civil y política no daría ni siquiera un solo paso á la perfección si la palabra no existiera. La sociedad doméstica perecería sin ella, si no es que quedaría reducida á un estado puramente animal. ¡Que serían las instituciones

humanas, el hombre, la sociedad y la humanidad en general, sin la palabra! Un conjunto de bestias salvajes, incapacitadas de todo punto para el adelanto y la cultura y más infelices todavía que el animal irracional.

Concluiremos diciendo, que para la educación y la instrucción es de todo punto necesaria la sociedad con nuestros semejantes, sin cuya condición no hay cultura, no hay progreso, ni perfeccionamiento individual y social. «Fuera de la sociedad, dice Aristóteles, el hombre es una bestia ó un Dios,» como no puede ser un Dios, síguese que será una bestia.

35—La autoridad humana.—Como en la acción ó comunicación de un espíritu con otro, entra la autoridad humana, y como ésta á su vez se le puede considerar como uno de los elementos educadores, cabe en este lugar tratar dicha materia, estudiando de paso la debatida cuestión formulada así: ¿La enseñanza deberá ser dogmática ó libre?

Empezemos por la autoridad.

La idea de mando es correlativa de la de obediencia; donde hay alguien que manda hay alguien que obedece.

La desigualdad física, moral é intelectual que caracteriza á la especie humana, establece gerarquía entre los hombres; clases superiores é inferiores entre las que existe mutua y necesaria relación de mando y obediencia. Esa relación nace de un instinto de propia conservación por el cual los seres inferiores obedecen á los superiores para no perecer, mientras que éstos mandan para conservar. La mayor parte